

»tar toda mi diócesis, hasta la última parroquia, y exceptuando los países sometidos á la dominacion de Berna y de Ginebra, sobre los cuales, como es consiguiente, no tengo ninguna autoridad, no he encontrado ningun hereje; y no he hallado tampoco libros heréticos, salvo aquellos que por negligencia y desprecio quedan abandonados en el polvo; siendo nuestros católicos tan escrupulosos en este punto, que cuando dudan de la ortodoxia de algun libro, ó lo arrojan al fuego, ó lo hacen examinar por alguno de sus sacerdotes. Es cierto que Ginebra publica muchos libros perniciosos, pero no lo es que los saboyanos los lean. Yo confieso, por lo demás, que no hago todo lo que es necesario, pero sí lo que puedo segun mi pequeñez. Tened á bien, Monseñor, ilustrar á la Santa Sede sobre estos hechos, y asegurarme que no he perdido su benevolencia, pues tengo necesidad de ella para hacer el bien en esta diócesis.» La inquietud de Francisco duró poco, porque bien pronto recibió una respuesta en la que le decian que el Soberano Pontífice, lejos de tener contra él esas prevenciones que podia hacerle temer el memorial del Padre Querubin, le profesaba el mas tierno afecto, fundado en sus virtudes y en su celo bien conocidos; que le estimaba como á su hermano y le amaba como á su hijo. Esta noticia fué para el alma del santo Obispo, como un bálsamo suave aplicado á una llaga profunda. «¡Ah! ahora, dice, conozco mejor que nunca que soy un verdadero hijo de la Santa Sede; porque me parece que Dios me devuelve la vida, y no sé cómo no moriria de dolor si supiese que el Padre comun de los fieles estaba irritado contra mí y poco satisfecho de mi conducta.» (1)

(1) Año Santo de la Visitacion, 5 de julio.

CAPITULO VIII.

Viaje de Francisco de Sales á Borgoña y al Franco-Condado.—
Convierte á dos protestantes.—Da al público la Introduccion
á la Vida Devota.

(Año 1608.)

Mientras que Francisco de Sales se ocupaba con una actividad infatigable del Gobierno de su diócesis, diversos negocios importantes le llamaron á Francia. El primero fué la mision que recibió de la Santa Sede de ir á establecer la refórma en el célebre monasterio de Puy-d'Orbe, en la diócesis de Langres.

Esta abadía, de la orden de San Benito, que despues fué trasladada á Châtillon-sur-Seine, estaba entonces situada á diez y seis kilómetros de esta ciudad. Pronto en obedecer las órdenes de Roma, el santo apóstol partió al principio de agosto. Al pasar por Saint-Rembert, en el Bugey, le rogaron fuese árbitro en un gran pleito que habia entre el Señor de Montchalin y su cuñada, María de Chaudé, Señora de Moyria, con motivo de las tierras y del castillo de Vassalier. Dicha Señora habia recibido de su hermano Juan de Chaudé, como hipoteca de su dote, estas tierras y este castillo; habia gozado de él con este título durante algunos años, y habia tomado posesion definitivamente á la muerte de su hermano, que no habia dejado hijos. Habiéndose casado en segundas nupcias la viuda de Juan de Chaudé con el Señor de Montchalin, este señor reclamó, en nombre de su mujer, la tierra y el castillo, alegando por razon de esto, que hipotecar un bien no es transferir su dominio; y de aquí habia resultado una gran querrella, sobre la cual los mas hábiles jurisconsultos habian procurado en vano una transaccion. Francisco, aceptado como árbitro por ambas partes, examinó cuidadosamente este negocio, y á los tres dias dió la sentencia, por

la cual adjudicaba el castillo al Señor de Montchalin, con la condicion de que pagara á María de Chaudé su dote entero; unió los corazones divididos, é hizo suceder á la discordia, con sus envenenadas querellas y sus horribles ódios, las dulzuras de la paz y de la union (1).

Desde allí continuó su camino sin detenerse, y llegó á Puy d'Orbe; conocia ya el estado de este monasterio por su correspondencia con la abadesa, que hemos referido en el capítulo cuarto. Pero antes de empezar la reforma, empezó por hacer conocer su necesidad á las religiosas, mostrándoles con tiernas exhortaciones que nada puede darnos la felicidad en esta vida, sino la pureza de conciencia y la paz del corazon; que no tendrían ni la una ni la otra sino en tanto que fueran fieles á sus reglas y á todos sus deberes; que la libertad que se habia introducido en su monasterio tendria para ellas los mas funestos resultados; y que, cuando una vez se ha dejado el mundo, no se debe volver mas á él. Despues de haber convencido así sus inteligencias con sus palabras y ganado sus corazones con su dulzura, les manifestó que la Santa Sede le habia comisionado para restablecer entre ellas en todo su vigor la regla de San Benito, pero que, para no asustar su debilidad, usaria de alguna condescendencia, que se encargaba de hacer aprobar por el Soberano Pontífice. Despues de estos preámbulos, prohibió á los hombres la entrada en el monasterio, escepto en caso de verdadera necesidad, y á las religiosas toda salida fuera de la casa, á no ser para dar un paseo en común, yendo la mitad de las hermanas por lo menos, ó para hacer de tarde en tarde una visita á su familia. Luego destinó un locutorio para recibir las visitas, y estableció que toda religiosa iria á él acompañada de dos hermanas. Hizo disponer el confesionario, de suerte que la religiosa que se confesase estuviese en su coro y el sacerdote en la iglesia; y mandó poner cerca del altar mayor una reja con una ventana pe-

(1) Carlos Aug., p. 383.

queña, para recibir la Comunión. Ordenó luego que cada año se eligiese una priora que gobernase la casa en ausencia de la abadesa, y que todos los viernes hubiese capítulo, despues de haberse preparado la víspera con la lectura de una parte de las reglas, ó de algun libro que tratase de la disciplina religiosa; por fin, terminó recomendando, aunque no ordenando, la entrega de todo el dinero que las religiosas tuvieran en manos de la superiora, encargando á ésta proveyese á las necesidades de cada una (1).

Tales fueron, en resúmen, los reglamentos llenos de prudencia, de dulzura y de caridad que dió al monasterio, y para asegurar mejor su ejecucion, recomendó á la abadesa: 1.º Que inculcara á sus religiosas la humildad y la sencillez de corazon: «Porque, le dijo, no se puede hacer nada con un espíritu vano, lleno de propia estimacion, pues el alma soberbia lleva en sí misma el principio de todos los vicios. 2.º Que les diera ejemplo en todo, porque en vano una superiora habla, si no es la primera en practicar lo que enseña. 3.º Que siempre fuera dulce y compasiva, porque el gobierno mas perfecto, dice, es el que se apróxima mas á la Providencia, y la Providencia es serena, es tranquila en medio de los acontecimientos; y no obra en su grande actividad con emocion, y se acomoda á todos. 4.º Que previniese cuanto le fuese posible la menor murmuracion; que escogiese bien la novicias, y las advirtiese desde el principio, que el espíritu de mortificacion y de obediencia es el alma de la vida de los claustros.» (2)

Despues de haber fijado así los cimientos de la reforma en este monasterio, que bien pronto cambió de faz, viéndose reflorar en él las virtudes de sus mas bellos dias, Francisco se dirigió con sus dos hermanos, Luis y Bernardo, á Dijon, donde le llamaban otros negocios. Los

(1) Opusc., p. 424.

(2) Carlos Aug., p. 385.

carmelitas de esta ciudad estaban en una cruel perplejidad, con motivo de un pleito que querian ponerles. Recurrieron al santo Obispo, el cual examinó el negocio, lo arregló á satisfaccion de ambas partes, y devolvió la paz á esta piadosa comunidad.

De allí partió para Monthelon, donde tuvo el consuelo de asistir al contrato matrimonial de su hermano, el Baron de Thorens, con la hija mayor de la Señora de Chantal; y como esta joven apenas tenia doce años, se trasladó la boda para el año siguiente. Tomó luego el camino del Franco-Condado, á donde el Soberano Pontífice le habia dado la mision de ir para negociar un proyecto de cambio entre el Príncipe Alberto, Archiduque de Austria, y el clero de Borgoña, relativo á las aguas saladas de la villa de Salins, y sentenciar en último resultado en nombre de la Santa Sede. El clero de Borgoña, que tenia un derecho parcial sobre estas aguas, deseaba cambiar este derecho por una renta anual que pagaría al Archiduque; y este por su parte deseaba poseer la propiedad plena de las salinas, sin tener que hacer todos los años divisiones que daban ocasion á algunas contestaciones. Pero como se trataba de bienes eclesiásticos, el cambio no pudo hacerse sin el consentimiento de la Santa Sede, y de ahí la comision dada al Obispo de Ginebra, para juzgar si los intereses de la Iglesia estaban suficientemente resguardados por el proyecto propuesto, y para arreglar despues definitivamente el asunto. Acompañado de su hermano Luis, en cuyas grandes luces y raro talento confiaba mucho para un negocio tan delicado, llegó á Faverney, donde encontró á las almas aún conmovidas por el insigne milagro que habia tenido lugar tres meses antes. Habiéndose prendido fuego por la noche en el altar, en el cual se conservaban dos grandes hostias encerradas en una custodia entre dos cristales, y habiéndose reducido á cenizas el altar, las gradas y el tabernáculo, los lienzos, colgaduras y adornos, solo la custodia donde estaban depositadas las hostias habia permanecido en el mismo lugar, sin ningun

apoyo, suspendida en el aire durante treinta y tres horas seguidas; prodigio que mas de diez mil personas, que acudieron de los alrededores, pudieron contemplar á su gusto.

Pasadas estas treinta y tres horas, la custodia descendió lentamente sin el auxilio de nadie, en presencia de toda la multitud reunida, sobre un corporal que se habia puesto en el suelo; y el Arzobispo de Besançon, despues de las mas severas informaciones, habia consignado por acta pública la verdad del hecho, declarándole incontestablemente milagroso (1). Se concibe mejor que se espresa con cuánta piedad se postraria Francisco delante de las dos hostias espuestas á sus adoraciones, y qué sentimientos de amor y de fe inundarian su corazon, en un santuario donde Jesucristo acababa de revelar tan altamente su presencia.

Despues de haber satisfecho su devocion partió para Dôle, á donde llegó de noche la víspera de Todos los Santos. Los síndicos de la ciudad, no bien fueron informados de su llegada, cuando fueron á ofrecerle sus respetos y á invitarle á que predicase al dia siguiente (2).

Como no sabia negarse á nada consintió en ello; y en

(1) Este milagro es un hecho histórico, que no permiten poner en duda: 1.º Las informaciones y el decreto de Besançon. 2.º La bula de Paulo V, registrada en el tercer libro del bulario del parlamento, fól. 246, que contiene todas las circunstancias principales del milagro. 3.º La narracion histórica y topográfica de los conventos de la orden de San Francisco en la provincia de Borgoña, por el Padre Foderé, autor contemporáneo del milagro (en 4.º, Lyon, 1619). Una de las hostias milagrosas fué dada á la ciudad de Dôle, que comisionó para ir á buscarla: 1.º Por parte del cabildo, al Dean con varios canónigos y sacerdotes. 2.º Por parte del parlamento, á dos caballeros de honor, dos consejeros, el sustituto del procurador general con un notario. 3.º Por parte del tribunal de cuentas, á dos consejeros principales. A esta diputacion se unieron trescientos caballeros de los principales de la ciudad. La sagrada hostia fué llevada en una litera forrada de damasco, que era llevada por dos caballos blancos; á los lados marchaban cuatro hombres vestidos de rojo, llevando cada uno hachas en una linterna, y delante y detrás, la piadosa comitiva cantaba cánticos. La recepcion en la ciudad de Dôle, el 21 de diciembre, fué de las mas magnificas, y se decidió que semejante dia, todos los años, habria una solemne procesion, en la que seria llevada en triunfo la hostia milagrosa.

(2) Carlos Aug., p. 386.

efecto, despues de haber dicho la Misa por la mañana á las ocho en la iglesia de los Jesuitas, y dado la Comunion á mas de ochocientas personas, subió al púlpito á la una en la hermosa iglesia de la parroquia, y arrebató de tal suerte á su auditorio, que todos, creyendo ver en él un ángel bajado del cielo, no pudieron contener sus aclamaciones y sus aplausos. Habló de la predestinacion, y combatiendo sin decirlo la herejía de los protestantes sobre la salvacion, se complació en mostrar en el Dios que adora la Iglesia católica un Dios dulce, bueno y misericordioso para los que lo invocan, un Dios que quiere salvar á todos sus hijos, y hace la salvacion posible á los hombres de buena voluntad; que no quiere por consiguiente que nadie se pierda, y pone su gloria en perdonar á los que se arrepienten; en fin, un Dios justo con todos, que no deja ningun mérito sin corona, así como ningun pecado sin castigo. Del púlpito pasó al confesonario; y como le manifestasen que estos ministerios tan multiplicados, unidos á las fatigas del camino, le harian sucumbir á fuerza de trabajo, «¡ay! contestó (1), todo esto es la obligacion de los eclesiásticos; yo no soy mas que un siervo inútil en mi diócesis y fuera de ella, y todo lo que hago no vale nada.»

Los habitantes de Dôle, entusiasmados con sus palabras y ejemplos, hubieran querido conservarle mas tiempo; pero deseando llenar lo mas pronto posible la mision que habia recibido, se dirigió sin tardanza á Besançon. Allí tambien fué acogido con la veneracion que inspira una santidad eminente; hombres y mujeres, grandes y pequeños, jóvenes y ancianos, todos aspiraban á la dicha de verle; y despues de haberle visto le seguian por las calles y plazas públicas, no queriendo separarse de él; procuraban tocar de rodillas los bordes de su ropa, oír una palabra de su boca y cuando obtenian este favor, daban por ello gracias al cielo. El cabildo de la catedral, participando del entusiasmo general, espuso públicamente

(1) Año Santo de la Visitacion, 1.º de noviembre.

el santo sudario en consideracion suya, y Francisco, postrado de rodillas delante de esta preciosa reliquia, la veneró con tanta religion y amor, que dejó penetrados de ambos á todos los asistentes.

Considerando las señales de las llagas y de la sangre de Jesucristo, su corazon se enterneció, corriendo lágrimas abundantes de sus ojos; y habiéndole invitado á que subiera al púlpito, desahogó ante un numeroso auditorio los sentimientos de que estaba inundada su alma. Aquellas palabras de la mujer que padecia flujos de sangre: *Si toco solamente el borde de su túnica seré curada*, le sirvieron de testo, y todos los corazones se unieron al suyo en el tierno comentario que hizo de ellas. La compuncion penetró las almas, y los sóllozos del auditorio respondian á las lágrimas de amor que se desprendian de los ojos del predicador (1). La recepcion que le hicieron en el colegio de los Jesuitas sobrepujó aún á los testimonios de veneracion que le habian hecho en la ciudad. Le felicitaron en verso y en prosa; maestros y discípulos, todos rivalizaron en celo por honrarle, como rivalizaban en respeto á su virtud.

Francisco se dirigió desde allí á Baumes, que era el objeto de su viaje, donde encontró al Obispo de Bâle, nombrado árbitro con él para resolver la cuestion entre el Archiduque de Austria y el clero de Borgoña. Consagró la mayor parte de los dias á oír á los procuradores y abogados de ambos partidos, á examinar en detalle todas las piezas del negocio, lo que no le impedia, durante el resto del dia, predicar en las iglesias, exhortar á las religiosas en los monasterios, y oír en el tribunal de la penitencia á todos los que deseaban abrirle su corazon ó recibir sus consejos. Cuando hubo estudiado bien la cuestion por todos lados y pensado todo maduramente, dió su decision, que tuvo el raro mérito de satisfacer completamente á las dos

(1) Carlos Aug., p. 387.—*Espiritu de San Francisco de Sales*, part. VI, sec. XXIX.

partes. El Archiduque le dió, como testimonio de su reconocimiento, una magnífica capilla de plata con todas las cosas necesarias para el servicio del altar (1), uniendo á ella varias piezas tambien de plata para su mesa (2), y al mismo tiempo le prometió su mas eficaz proteccion en todos los buenos oficios que estuvieran en su poder; favor de que Francisco no se sirvió nunca para sí mismo, pero que tuvo el consuelo de hacer servir cuatro años mas tarde en bien de otros. En efecto, la ciudad de San Claudio, que dependia entonces del Archiduque, abrigaba en su seno piadosas jóvenes, que deseaban fundar un monasterio bajo el título de religiosas de la Anunciacion, y ya aun habian empezado á edificar su casa con gran contento de todos los buenos, si bien algunas personas poderosas hicieron oposicion á este establecimiento. Habiendo rogado ellas á Francisco apoyara su causa, escribió al Archiduque, le espuso el mérito de las religiosas, las simpatías generales que se habian grangeado, las gracias que atraerian sobre su persona sus fervorosas oraciones inspiradas por el reconocimiento (3), y el Príncipe hizo al punto justicia á la demanda.

Los Borgoñones, por su parte, le demostraron su gratitud con toda suerte de demostraciones de respeto y de afecto; y los del Franco-Condado, que no le eran deudores sino de la dicha de haberle visto, no se hicieron notar menos en la espresion de sus sentimientos, y por todas partes donde pasaba hacian resonar el aire con los gritos de su admiracion y su amor. Su marcha era un triunfo, y todos gritaban ¡viva nuestro Obispo! como si hubiera sido su propio pastor. A su paso por Salins quisieron que viesse las salinas, que escitaban el interés de todos los extranjeros; pero dando preferencia á toda satisfaccion natural

(1) Eran: un cáliz, unas vinajeras, seis candeleros, dos aguamaniles y una campanilla.

(2) Eran: doce platos, dos fuentes, dos cucharones y unas despaviladeras.

(3) Carta CCLXI.

un servicio hecho á un alma para su salvacion, quiso mejor emplear aquel tiempo en conferenciar sobre cosas espirituales con una señora de eminente piedad y con una comunidad religiosa, que gastarlo en satisfacer una vana curiosidad. Los magistrados de esta ciudad, edificados con tanta abnegacion, fueron á invitarle á que predicase la Cuaresma siguiente, y aceptó gustoso (1); y si no lo verificó fué porque el Arzobispo de Besançon, por razones que ignoramos, se opuso á ello, y el santo Obispo, lejos de insistir ó de ofenderse de la negativa, se sometió á ella con humildad (2).

Terminada su mision en este país, regresó prontamente á Saboya, volviendo á emprender la visita de su diócesis, con el mismo celo y con los mismos resultados que antes. Volvia de esta escursion apostólica, cuando encontró á dos jóvenes protestantes de Ginebra, Juan Montor y Jacobo Gradel: encontrarlos y tratar de ganarlos á la fe, era para el una misma cosa; tuvo la dicha de conseguirlo, y habiendo sabido que no tenian ningun medio para vivir, se hizo cargo de ellos, los alojó y mantuvo en su palacio, hasta que les procuró medio de subvenir, con su trabajo, á su subsistencia (3).

En medio de todas estas solicitudes puso Francisco de Sales la última mano á su célebre obra de la *Introduccion á la vida devota*, y he aquí con qué motivo hizo este trabajo (4). La Señora de Charmois, señora distinguida en la alta sociedad de París por los atractivos de su talento y su belleza, educada en la corte, colmada de los dones de la fortuna como de los de la naturaleza, gozaba de los aplausos y homenajes con que el mundo la rodeaba, cuando el 24 de enero de 1603 oyó un sermon del hombre de Dios (5).

(1) Carta CLXXXII.

(2) Carta CXCI.

(3) *Año Santo de la Visitacion*, 24 de enero

(4) *Espíritu de San Francisco de Sales*, part. VII, sec. VIII.—*Año Santo de la Visitacion*, 24 de enero.

(5) Carlos Aug., p. 389.

Quedó tan conmovida con él, que al punto que se terminó fué á echarse á los pies del santo Obispo con los ojos bañados en lagrimas de arrepentimiento, le hizo conocer su intencion bien decidida de abrazar una nueva vida, y le rogó la ayudase con sus sabios consejos. El santo Obispo descubrió bien pronto la buena voluntad de esta alma, la energía y las demás hermosas cualidades que, bien cultivadas, conducen á las grandes virtudes. Aceptó pues su direccion, y se dedicó á ella con todo el celo de que era capaz.

La instruyó primero de viva voz; pero unas veces esta señora se olvidaba de lo que le habia dicho, otras no lo comprendia por completo, de suerte que le era necesario repetir varias veces las mismas cosas. Para evitarse á sí misma la pérdida de tiempo que le ocasionaban estas frecuentes repeticiones, y proporcionar á esta señora el medio de repasar á menudo sus enseñanzas, de meditarlas y penetrarse bien de ellas, creyó conveniente darle sus lecciones por escrito, al mismo tiempo que se las iba dando de viva voz. Por su parte la piadosa señora, cuando tenia alguna duda ó no entendia bien algunas materias de la vida espiritual, escribía á su santo director los puntos sobre los cuales deseaba ser ilustrada; y este le contestaba tambien por escrito con grande exactitud, sin otra mira que la direccion particular de su penitente, sin la menor sospecha de que lo que escribía en la intimidad de la confianza se publicaría algun dia y formaría un libro. Esta correspondencia duró dos años enteros, al cabo de los cuales la señora de Charmoisy, que habia conservado religiosamente todas estas respuestas, uniendo á ellas las memorias escritas, que el santo Obispo le habia remitido, colocó todo segun el orden de materias, y reunió bajo los mismos títulos lo que tenia relacion con los mismos asuntos. Poco tiempo despues, habiéndola llamado sus negocios á Chambéry, y obligada á permanecer en esta ciudad mas de seis meses, comunicó estos piadosos escritos al Padre Forrier, rector del colegio de los Jesuitas, al que habia

tomado por guia de su conciencia, y que tambien habia sido en otro tiempo director de Francisco. Este religioso, igualmente notable por sus virtudes y su ciencia, sobre todo en las cosas espirituales, no pudo leer sin admiracion estas piadosas enseñanzas, y pidió á la señora de Charmoisy permiso para copiarlas, en lo cual consintió gustosa, y bien pronto las copias se multiplicaron entre los Jesuitas del colegio, que las consideraban como un tesoro inestimable.

El Padre Forrier escribió al santo Obispo, rogándole con las mas vivas instancias hiciera imprimir sus ideas sobre la verdadera devocion, y no dejara sepultadas en la oscuridad instrucciones tan dignas de ser publicadas, y tan á propósito para ilustrar á las almas que aspiran á la perfeccion. Francisco no adivinó al principio á qué aludian estas instancias, y contestó al Padre que agobiado bajo la pesada carga de su diócesis, le faltaba el tiempo necesario para escribir por poco que fuera, que además no tenia talento para ser autor, y que así no comprendia su carta. El Padre Forrier, poniendo entonces todo su pensamiento en descubierto, le indicó que aludia á las excelentes instrucciones dadas por escrito á la señora de Charmoisy, y que á su parecer no publicarlas sería retener á la verdad cautiva, privar á Dios de una grande gloria, y á las almas de un bien inapreciable. Sorprendido con este lenguaje, Francisco no lo comprendió todavía, llamó á la señora de Charmoisy, y le pidió la esplicacion del enigma. «Monseñor, le dijo, se trata de las instrucciones que me habeis dado para mi conducta.—¿Pero qué instrucciones?—¿Pues qué no os acordais ya, Monseñor, de tantos santos avisos como me habeis escrito sobre diversos asuntos de piedad?—¿Pero qué se puede hacer con esas miserables notas?—Hay en ellas, Monseñor, mas de lo que pensais; las he comunicado al Padre, que las ha copiado, y esta copia forma un volúmen.

»¿Y ha tenido este buen Padre la paciencia de leer esos miserables escritos, hechos de prisa para vuestro uso?—